

2110 LA ARGENTINA DEL TERCER CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS BICENTENARIO ARGENTINO

Autoridades

Presidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Secretario de Cultura de la Nación

Jorge Coscia

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretario

Lic. Martín Cáneva

Vocales

Ángela Signes

Gladys del Carmen Cisterna

Sonia Annabel González

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Ayacucho 1578 (C1112AAB) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

4511-6275 | 4511-6276 | 0-800-444-0068 | www.conabip.gob.ar

★ 2110 ★
LA
ARGENTINA
DEL
TERCER
CENTENARIO



Colección Biblioteca Popular
del BICENTENARIO

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Secretaría de
Cultura
Presidencia de la Nación



200 AÑOS
BICENTENARIO
ARGENTINO

2110 : la Argentina del Tercer Centenario / con prólogo de Ricardo Piglia. - 1ra ed. -
Buenos Aires : Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, 2010.
168 p. ; 28x20 cm. - (Biblioteca Popular. Bicentenario)

ISBN 978-987-1696-05-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. I. Piglia, Ricardo, prolog.
CDD A863

Libro de distribución gratuita

Coordinación general:

María Julia Magistratti

Coordinación editorial:

Esteban Gutiérrez

Diseño y diagramación:

Laura Rovito

Ilustraciones:

Pablo Bernasconi

Colaboraron especialmente con esta edición:

María Laura Ferrá, Mayte Gualdoni, Silvana Lánchez, Paola Toriano, Lorena Vega, Alejandra Mendé, Jorge Ribelli, Agustín Moretti, Giselle Furlong, Cecilia Vaillant, Fernando Pérez, Ignacio Riccardi, Adriana Hidalgo Editora y Fundación El Libro.

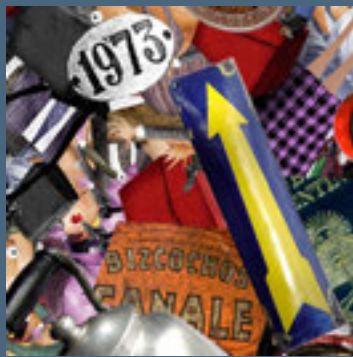
Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-05-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Índice

Presentación	7
Prólogo de Ricardo Piglia	11
2110: la Argentina del Tercer Centenario	
Jorge Accame / <i>Lombok</i>	23
Ariel Bermani / <i>Nombres de Calles</i>	29
Oliverio Coelho / <i>El traidor</i>	33
Marcelo Cohen / <i>Fanni, Myra y el sociólogo</i>	41
Pablo De Santis / <i>El intercesor</i>	47
Jorge Di Paola / <i>El arte del espectáculo</i>	53
Juan Forn / <i>Así</i>	61
Elvio E. Gandolfo / <i>Pegando la vuelta</i>	65
Angélica Gorodischer / <i>Un domingo de verano</i>	71
Daniel Guebel / <i>El sentido de la patria</i>	79
Luis Gusmán / <i>Los bomberitos</i>	85
Juan Diego Incardona / <i>Viaje al fin del conurbano</i>	93
Federico Jeanmaire / <i>San Carlos</i>	99
Martín Kohan / <i>Argirópolis</i>	105
Alberto Laiseca / <i>Argentina: tercer centenario</i>	111
Guillermo Martínez / <i>Infierno grande</i>	117
María Moreno / <i>El parto</i>	125
Sergio Olguín / <i>Pasko y Julietta</i>	135
Claudia Piñeiro / <i>La trescientos noventa</i>	143
Federico Romani / <i>Fases del invierno</i>	153
Sara Rosenberg / <i>Garúa</i>	163



Rosario, antes, se llamaba Venezuela –le digo.

Me mira. Abre bien los ojos para mirarme.

Santo Domingo se llamaba Belgrano. San Francisco, Moreno. Y San Carlos, Alsina.

¿Sabés cómo se llamaba Las Torres?

Baja la vista.

Rivadavia.

¿Cabildo?: Hipólito Yrigoyen. ¿Piedad?: Mitre. ¿Y La Merced? La Merced, antes –mucho antes, incluso, de llamarse Perón–, llevaba el bonito nombre de Cangallo.

Recostado boca abajo en el piso hace dibujos en su cuaderno. Al mediodía preparé una comida de nuestro agrado, salchichas. Las comimos en panchos, con mayonesa, salsa de queso, papas y ketchup. Y tomamos coca. Cuando come salchichas y toma coca y tiene su cuaderno y es sábado –hoy es sábado–, él es feliz. Llevamos muchos días encerrados, comiendo, durmiendo, pero creo que para él fueron varios sábados, un mismo día que se estira y no termina nunca.

Estamos seguros acá, lo mejor es no salir.

¿Sabés cómo se llamaba San Nicolás?

No –dice. Sin mirarme.

Corrientes, se llamaba.

Paso las páginas de la enciclopedia y se me vienen, casi con violencia, como una tormenta de imágenes que no puedo evitar, tantos recuerdos, tantas noches a la deriva, tantas conversaciones con extraños y con amigos que ahora me resultan extraños, tanto tiempo perdido.

¿Y? –pregunta, levantando los ojos– ¿Te dormiste?

¿Querés más calles?

Mueve la cabeza. Hacia atrás y hacia adelante.

San Andrés, nuestra calle, se llamaba Chile. Concepción, que es la avenida de allá, se llamaba Independencia. San Isidro, Estados Unidos y San Fermín, Carlos Calvo.

¿Por qué?

¿Por qué se llamaban así?

No.

¿Por qué les cambiaron los nombres?

Sonríe. Eso quiere saber, por qué les cambiaron los nombres.

Antes de la última revolución las calles tenían los nombres que les pusieron los...

Se le cae el lápiz. Rueda, el lápiz.

-No te ensucies.

Rueda, él. Lo busca. Los pantalones le quedan grandes, la remera le queda chica. La madre compró la remera y yo los pantalones. Las zapatillas, en cambio, le van bien. No me acuerdo quién se las compró. Recupera el lápiz y se recuesta, de nuevo, frente a su obra.

¿Vos sabés lo que es una revolución?

Tengo hambre, dice.

¿Otra vez?

No contesta. Decido modificar el método.

Antes, las calles tenían nombres de próceres: Alsina, Moreno, Belgrano, Rivadavia. Después les pusieron nombres de santos: Santa Rosa, San Nicolás, San Gregorio, San Andrés. Pero mucho antes, hace muchísimos años, tenían los mismos nombres de ahora. Antes de la primera revolución. ¿Entendés?

No -grita.

Por qué gritás.

Porque tengo hambre.

¿Vos sabés qué es un santo?

No contesta.

¿Y un prócer? Un prócer, mirá, un prócer...

Algo me traba. Tal vez sea lo que ví esta mañana cuando abrí la ventana: chicos revolviendo la basura. Gente cocinando perros y gatos en la calle, en grandes ollas. Familias durmiendo en coches abandonados.

Yo tampoco sé lo que es un prócer -le digo-. Quiero decir, no creo en ellos. No confío.

Se ríe. No sé si me escucha, es probable que ya no. Está pensando en otra cosa. Piensa en un buen paquete de papas fritas, por ejemplo, o en más panchos.

También tenían nombres de batallas, de países, de artistas, de escritores.

Pinta. Con mucho rojo.

Otra vez vuelven las imágenes: la cara de su madre, antes de que fuera su madre, el día en que me dijo que estaba embarazada. Me acuerdo bien de todo. Llegó envuelta en su persistente olor a cigarrillo. La besé en la mejilla. Enseguida se encerró en el baño. Siempre volvía de la calle con ganas de orinar, como los chicos. Se aguantaba tanto, durante horas a veces, que cuando conseguía sentarse en el inodoro tenía que hacer un esfuerzo para aliviar su vejiga. Tardaba diez o quince minutos en salir. En ese rato fumaba y también se comía las uñas. No al mismo tiempo. Primero una cosa, después la otra. Cuando no fumaba se dedicaba a masticarse las uñas. Esas son las dos actividades que realizaba con mayor frecuencia, al menos mientras estaba en casa, compartiendo conmigo

el atardecer, la noche, la madrugada. Me instalé en la cocina. Tener que levantarme, empezar a cocinar, esos actos, tan simples, tan naturales, terminaron con el resto de buen humor que todavía conservaba. Cuando salió me dijo que acababa de hacerse un test y que estaba embarazada. También dijo: ¿qué vamos a comer hoy?

Vos estás loca, le grité. Y me puse a afilar el cuchillo contra la pared.

Ahora me paro.

¿Querés algo de la cocina?

Traeme facturas.

No hay facturas. ¿Te hago la leche?

Dice que sí con la cabeza.

Preparo café. Caliento leche.

En realidad, tanto los próceres como los santos afean la ciudad con sus estúpidos nombres. Odio esos nombres. La leche sube por el jarro y sé que en unos segundos se volcará. No me importa. Cae sobre la hornalla y se expande. Me concentro en el líquido que avanza por las baldosas, como afluentes de un río blanco. Debería apagar la hornalla, buscar un trapo, pero me quedo quieto, apoyado en la mesada y observo cómo la leche se estanca en las juntas de las baldosas.